

LA MUCHACHA QUE VOLABA HACIA EL SOL

De Matti M.

LA MUCHACHA QUE VOLABA HACIA EL SOL

Índice

CAPÍTULO 1: Las Alas Blancas	3
CAPÍTULO 2: El Amigo Dorado del Sol	6
CAPÍTULO 3: Los Niños con Alas de Luz	10
CAPÍTULO 4: La Estrella Maya	15
CAPÍTULO 5: El Ritual de la Luz	19
CAPÍTULO 6: La Ciudad dentro del Sol	23
CAPÍTULO 7: La Casita Blanca	28
CAPÍTULO 8: La Diversión Solar	32
CAPÍTULO 9: El Ángel Custodio	35
CAPÍTULO 10: El Camino de Regreso	39
CAPÍTULO 11: El Viaje hacia la Tierra	43

Prefacio

Este libro está colmado de aventuras, magia y colores, mas en su corazón se esconden historias verdaderas: momentos vividos en toda su belleza, inocencia y maravilla.

Son recuerdos reales que elegí revestir de fantasía y de magia, tal como hacen siempre los niños cuando cuentan una historia, tornando el mundo más luminoso y maravilloso. Pero ¿sabéis distinguir dónde termina la verdad y dónde comienza aquello que llamamos fantasía? Los niños son la luz más pura de este mundo. En sus ojos nace la esperanza; en sus corazones crece la bondad, y en sus mentes se crea un universo infinito de posibilidades. Ven más allá de lo visible y creen en cosas que los adultos suelen olvidar: en los sueños, en los milagros y en la fuerza del amor puro.

Cada niño es como una pequeña estrella que ilumina su propio camino y el de quienes lo rodean. Con este libro quiero recordaros que cada uno de ellos es un rayo de luz que alumbra el mundo: con las palabras que pronuncia, los actos que realiza, los sueños que guarda y el amor que entrega sin condición.

Espero que las páginas de este libro los acompañen hacia nuevas aventuras, los inspiren a soñar todavía más y les hagan creer que su luz puede tocar cada corazón y cada rincón del mundo.

*Porque así es...
y así será por siempre.*

CAPÍTULO 1

Las Alas Blancas



Aquella noche llegó serena, como un dulce abrazo después de una larga jornada.

Mia se tendió en la cama, cerró los ojos y, en pocos instantes, cayó en un sueño profundo.

Y allí, en el silencio del sueño, todo dio comienzo...

La niña se halló envuelta en una luz tenue y dorada que la abrazaba con su calor. Respiró suavemente, como una mariposa que abre sus alas por vez primera.

Una mano delicada, hecha de luz, le rozó el hombro, como una caricia de amor que la colmó de paz.

Su cuerpo tornose ligero... muy ligero... hasta elevarse un poco del suelo, como si el sueño mismo la sostuviera en el aire.

Las Alas Blancas

*Entonces aconteció algo maravilloso:
de su espalda brotaron dos alas blancas, suaves y
resplandecientes, como alas de mariposa hechas de
luz.*

*Las alas batían lentamente, cual serena danza con el
viento.*

No sentía peso, ni dolor, ni temor.

Sólo gozo.

Sólo paz.

*Desde la tierra se alzaba un fino hilo de luz amarilla,
que la ceñía dulcemente por el tobillo.*

No la estorbaba.

Era como un tierno abrazo que le susurraba:

*«Tú perteneces a la luz, mas aún tienes algo que
aprender en la Tierra».*

Mia contempló aquel hilo con dulzura.

Luego, con valor y amor, lo retiró lentamente.

*En aquel instante se elevó tan alto, tan alto, que sus
ojos ya no podían medir el camino.*

Y se halló ante el Sol.

Las Alas Blancas



*Se halló ante el Sol, mas éste no quemaba ni le
infundía temor.*

*Irradiaba calor, amor y paz, como un gran corazón que
late por todos.*

Mia abrió aún más sus alas de luz.

Volaba.

Resplandecía.

Reía.

*Y el Sol la recibió como un viejo amigo que la
conociera desde antiguo.*

Así comenzó su viaje en el sueño.

Un camino hacia la luz.

Hacia el amor. Hacia la morada del alma.

CAPÍTULO 2

El Amigo Dorado del Sol



Ante Mia, el Sol irradiaba una luz dorada y se erguía majestuoso sobre el espacio infinito.

Sus pequeñas alas de mariposa batían lentamente, como si tampoco ellas quisieran turbar la quietud de aquel lugar encantado.

De pronto, la superficie del Sol se abrió lentamente, cual cortina de fuego, y de ella emergió un ser bellísimo que resplandecía como sus propios rayos.

El Amigo Dorado del Sol

Era alto, con grandes ojos anaranjados que expresaban dulzura. Parecía llevar el Sol en su sonrisa.

- «Salve, pequeña de la luz», dijo con una voz que hacía vibrar el corazón.

- «Y tú, ¿cómo has llegado hasta aquí?»

Mia sintió que se tornaba más pequeña. Volvió a ser como una niña de tres años.

Sus alas se hicieron diminutas, como juguetes. No sabía qué decir y contemplaba a aquel ser con los ojos muy abiertos.

El ser sonrió dulcemente y la tomó en brazos.

- «No temas. Aquí estás a salvo».

Una luz cálida envolvió a ambos, como una suave manta preparada en el paraíso.

Entonces el ser movió la mano y ante ellos se abrió una gran ventana con los colores del Sol. En su interior apareció una ciudad bellísima, con altos edificios y un cielo azul.

- «Éste es tu hogar», le dijo con voz apacible.

Mia quedó maravillada. Era tan hermosa que no estaba segura de que fuese verdaderamente la Tierra.

Luego, entre los edificios, apareció un hombre de mirada bondadosa y cálida sonrisa.

Llamábase Giorgio.

El Amigo Dorado del Sol

*Él tomó a Mia en brazos sin mostrar asombro alguno.
A su alrededor, sobre la Tierra, jugaban millares de
niños pequeños, todos con alas de mariposa que
resplandecían bajo la luz del día.*

*- «Mira», le susurró el ser solar. «No estás sola».
Mia contempló a los niños y su corazón latió con
fuerza.*

*Era como reencontrar una familia perdida, sin haber
sabido jamás que la buscaba.*

*La ventana se cerró y ella volvió a hallarse ante el Sol.
El ser le acarició la cabeza con dulzura.*



El Amigo Dorado del Sol

- «Ahora debes regresar, pequeña», le dijo.

«Y volverás a encontrar el camino cada vez que cierres los ojos con el deseo de retornar allí donde te llama el corazón».

Ante Mia apareció un largo sendero de colores de arcoíris.

Ella volvió la mirada, con los ojos luminosos.

- «¿Regresaré?», preguntó tímidamente.

- «Sí», respondió el ser. «Cuando estés preparada».



CAPÍTULO 3

Los Niños con Alas de Luz

El sendero de arcoíris proseguía largo, muy largo, como un río de colores que corría lentamente bajo los pasos de la niña.

Caminaba con pasitos infantiles, como una niña pequeña que aprende a guardar el equilibrio. De cuando en cuando se volvía y agitaba la mano.

- «¡Te quiero!», gritaba con fuerza.

El Ser del Sol la seguía con una sonrisa.

- «Yo también», respondía él, y su voz parecía extenderse por todo el espacio.

Cuando Mia llegó al final del sendero, sus ojos se llenaron de luz.

Vio un lugar maravilloso: los niños de alas blancas que antes viera junto a Giorgio semejaban pequeños ángeles pintados en el cielo.

Los Niños con Alas de Luz



Corrían, reían y alzaban pequeños vuelos, dejando estelas de luz a cada paso.

- «¡No tengas miedo!», gritó un niño de cabellos rizados que brillaban como el oro. «¡Ven a jugar con nosotros!»

Mia miró sus pequeñas alas de mariposa y se acercó, un poco tímida.

- «¿Soy como vosotros?», preguntó en voz baja. Los niños rieron.

- «¡Sí! Te conocemos», dijo una niña de ojos azules que parecían guardar una pequeña estrella en su interior.

- «Has venido de lo alto... del Sol mismo».

Los Niños con Alas de Luz

Los niños se apretujaron y rodearon a Mia. Todos querían tocarle las alas, tomarla de las manos o enseñarle algún juego.

Un niño de alas algo mayores le dijo:

- «Todos nosotros venimos de la luz. Algunos procedemos de estrellas diferentes. Mas aquí somos todos una familia».

Mia lo escuchó con los ojos muy abiertos, colmados de maravilla.

- «¿Y yo, de qué estrella vengo?»

Los niños alzaron los hombros. No lo sabían.

Pero una de ellas, la más silenciosa, le dijo:

- «El Amigo del Sol debe saberlo. Él conoce de dónde vienen todos los niños de la luz».

Aquellas palabras quedaron en su pensamiento. El Amigo del Sol... ¿Era él aquel ser que la había tomado en brazos?

A lo lejos apareció Giorgio nuevamente.

No hablaba, mas la miraba y la saludaba con manos gentiles y una sonrisa que parecía conocerla desde hacía mucho tiempo.

Todo en derredor parecía sereno y seguro, como una casa edificada por el amor.

Mia se sentó sobre una piedra blanca que resplandecía.

Los Niños con Alas de Luz

Sintió bajo sus pies un leve latido, como si la piedra estuviese viva.

- «No estás sola», susurró una voz dulce.

Mia se volvió. Era el Amigo del Sol, que se sentó junto a ella, y la luz de su cuerpo se mezcló con la luz de las alas de Mia.



- «Has venido aquí por una razón», le dijo con voz cálida.

- «Muy pronto la comprenderás».

Posó la mano sobre su corazón.

- «Mas por ahora... juega. Regocíjate. Éste es tu lugar de luz».

Los Niños con Alas de Luz

Los niños la tomaron de la mano y comenzaron a correr por doquier.

Sus alas se abrían y cerraban con armonioso ritmo, como una orquesta de colores.

Todos aprendieron que no había límite para cuanto podían hacer juntos.

- «¡Mira!», dijo un niño pequeño.

- «Cuando unimos nuestra luz, ¡creamos un universo entero!»

Mia rió, se elevó suavemente del suelo y se halló suspendida en el aire.

- «¡Estoy volando!», gritó.

Los niños prorrumpieron en júbilo.

Y sobre ellos el Sol parecía sonreír en todo su esplendor.

CAPÍTULO 4

La Estrella Maya



Después de jugar con los niños alados, Mia se sentó sobre una roca lisa y cálida.

Parecía que la roca guardase en su superficie una parte de la luz del Sol.

Se apoyó sobre sus pequeñas alas blancas y alzó los ojos hacia el cielo infinito.

En algún lugar, en lo profundo de su corazón, sintió una pregunta que la rozaba dulcemente:

La Estrella Maya

- «¿Quién soy yo, en verdad?»

El silencio fue quebrado por un intenso rayo dorado que descendió junto a ella.

La luz se abrió y de ella salió el Amigo del Sol, aquel ser hermoso y alto, de ojos luminosos.

Se sentó junto a la niña, y la superficie donde se posó comenzó a brillar aún más, como si lo reconociera.

- «Pequeña alma de luz», le dijo. «Sé lo que estás pensando».

Mia bajó la mirada.

- «Quiero saber quién soy y de dónde vengo. ¿Por qué soy diferente?»

El ser posó su cálida mano sobre el pequeño brazo de Mia.

- «Eres diferente porque vienes de un lugar lejano... de una estrella maravillosa llamada Maya».

La niña abrió mucho los ojos.

- «¿La estrella Maya?»

Él asintió.

- «Sí. Maya es una estrella de las Pléyades. Allí moran seres a quienes la luz conserva en vida y para quienes el amor es el único modo de vivir».

Movió la mano y ante ellos se abrió un gran círculo de luz, una ventana celeste.

La Estrella Maya

En ella apareció el oscuro cielo del espacio, lleno de estrellas que brillaban como pequeñas esferas encantadas.

En lo alto, sobre todas ellas, resplandecía un grupo de estrellas blancas y azules: las Pléyades.

En medio de ellas, una estrella delicada y plateada brillaba un poco más que las demás.

- «Ésa es Maya», dijo el ser.

- «¿Vengo de allí?», preguntó Mia con la voz temblorosa de emoción.

- «Sí», respondió él. «Allí naciste como alma. Allí estuvo tu primera familia. Y desde allí comenzó tu viaje hacia el Sol, mucho antes de venir a la Tierra».

Mia cerró los ojos por un instante.

Sintió algo singular: calor y recuerdos que no reconocía, como el susurro de unas alas en la oscuridad de las estrellas.

- «¿Por qué vine a la Tierra?»

El ser sonrió.

- «Porque eres una mensajera».

- «¿Una mensajera?»

- «Sí. Eres la unión de la luz del Sol y del amor de la estrella Maya. Puedes encontrarte con dos mundos que muchos niños aún no consiguen ver».

Aquellas palabras tocaron el corazón de Mia.

La Estrella Maya

Algo invisible rozó su alma.

- «¿Y los otros niños con alas? ¿De dónde vienen?»
- «También ellos vienen de las estrellas, de distintos lugares del universo. Mas aquí se reúnen todos para aprender la luz».

El ser se puso en pie. Los rayos del Sol lo envolvieron, como si sólo a él saludaran.

- «Pero no te inquietes», le dijo. «Todo lo comprenderás poco a poco. Las estrellas no tienen prisa».

Le entregó una pequeña luz y la posó sobre su pecho. La luz se desvaneció dulcemente... mas el calor permaneció.

- «¿Qué es esto?», preguntó la niña.

- «Es el recuerdo de tu estrella», respondió con serenidad. «Cuando pierdas el camino, te guiará».

Mia mantuvo la mano sobre el pecho.

En algún lugar de su interior, una pequeña luz emitió un leve latido. Como el corazón de una estrella.



CAPÍTULO 5

El Ritual de la Luz



En el corazón de Mia aún se guarda un precioso recuerdo de aquel día que le trajo gozo y luz.

Muy pronto llegó una jornada especial, tan importante que el corazón de Mia latía más aprisa desde el instante en que despertó. Era el día de su bautismo.

En el aire parecía que pequeños rayos de Sol danzaban en torno a ella: sólo ella podía verlos y sentirlos.

Cuando llegó la noche y la celebración hubo terminado, Mia se acostó y cerró los ojos dulcemente... muy dulcemente...

Todo estaba en calma.

Afuera, en algún lugar, la brisa nocturna mecía las hojas de los árboles.

El Ritual de la Luz

Sus párpados se tornaron pesados y se cerraron por completo...

Y en aquel instante... aconteció.

La luz volvió a llamarla...

Como siempre, su cuerpo se hizo ligero, cual brisa de primavera. Mas esta vez algo era diferente. No se elevó lentamente.

Partió con un impulso repentino, como si una mano invisible la atrajera hacia el cielo.

Dejó la Tierra a sus espaldas. Las estrellas se hicieron como pequeñas semillas de luz.

Y he aquí el Sol.

Pero esta vez no la recibió tan sólo irradiando luz.

Parecía estremecerse de gozo al verla regresar.

Mia comenzó a girar en torno a él, dejando tras de sí una estela ardiente, dorada y cálida.

Era como si el Sol mismo jugara con ella.

De pronto, su superficie se abrió cual cúpula dorada que se alzaba lentamente, revelando algo oculto en su interior.

- «¡Me está llamando!», pensó Mia.

Y sin pensarlo dos veces, se lanzó hacia él.

Dentro del Sol quedó sin aliento.

Allí no había fuego, ni llamas, ni calor.

El Ritual de la Luz

Allí había luz. Luz blanca. Luz dorada. Luz azul y delicada. Una luz que colmaba el alma de paz.

Los colores se movían como nubes lentas.

Y en medio de ellos... seres maravillosos.

Semejaban a una criatura singular de la cual Mia había oído hablar: Adoniesis, conocido como un «Genio Solar».

Decíase que Adoniesis era hermoso, lleno de luz, con un rostro joven y una sabiduría antigua, y con ojos que difundían amor.

Los seres que Mia contemplaba se parecían a la imagen que había visto: cuerpos delicados y esbeltos, rostros sonrientes y serenos. ¡Resplandecían!

No era posible discernir dónde terminaba su luz y dónde comenzaba la del Sol. Algunos volaban sin mover las piernas. Otros parecían nadar. Otros permanecían sentados con los ojos cerrados, rodeados de aureolas



El Ritual de la Luz

*Aquella luz colmaba su alma de paz.
Los colores se movían como nubes lentas.*

Todos eran hermosos.

Todos estaban serenos. Y todos miraron a Mia.

Sonrieron.

*Dos de ellos inclinaron levemente la cabeza, como un
saludo celestial.*

*Sintió dulces lágrimas correr por sus mejillas.
Era tan feliz. Estaba tan enamorada de aquella luz.
Como si su corazón ya no pudiera contener mayor
belleza.*

*La experiencia duró menos de cinco minutos... mas a
Mia le pareció haber vivido una existencia entera en
aquel lugar.*

Abrió los ojos y se encontró nuevamente en su cama.

La luz de la noche parecía más tenue.

La habitación, más cálida.

*Mas su corazón... su corazón aún ardía con una dulce
llama.*

Ella lo sabía: aquello era apenas el principio.

CAPÍTULO 6

La Ciudad dentro del Sol



No había transcurrido mucho tiempo cuando, una noche, profundamente emocionada por el recuerdo de cuanto viera la noche de su bautismo, Mia cerró los ojos para dormir, mas con un gran deseo de regresar allá, al lugar de la luz.

Y apenas los cerró, aconteció de inmediato.

Sin espera. Sin lento ascenso.

Su cuerpo desapareció de la Tierra y apareció ante el Sol en un instante.

La Ciudad dentro del Sol

*Mas esta vez...
no preguntó si tenía permiso.*

Lo sabía.

*El Sol la recibió con los brazos abiertos, como si la
conociese y la amase.*

- «¡Ya voy!», gritó Mia llena de gozo.

*Cerró sus pequeñas alas, tomó impulso y -¡fiii!- entró
en el Sol atravesando su dorada superficie.*

*Rió con fuerza, como una niña que se zambulle en un
estanque de agua tibia.*

Allí dentro, todo resplandecía.

*Mia decidió entregarse a un juego extraño que
acababa de ocurrírsele:*

¡entrar y salir del Sol!

Entraba: ¡puf! Salía: ¡paf!

Otra vez dentro: ¡puf!

Sólo la mitad del cuerpo: ¡paf!

Y una vez más: ¡puf! ¡paf! ¡puf!

*Reía tanto que el sonido de su risa se extendía por el
espacio como una canción juguetona.*

*Cada vez que entraba y salía, la luz del Sol la envolvía
dulcemente, como si jugara con ella.*

La Ciudad dentro del Sol

Cuando por fin decidió permanecer dentro, advirtió algo que no había visto la primera vez: un largo camino luminoso que se extendía por el interior del Sol, como un sendero hecho de luz fundida.

- «¿Qué camino es éste?», preguntó maravillada. Nadie le respondió con palabras, mas el sendero brilló con mayor intensidad, como queriendo decirle: - Ven. Sígueme.

Mia comenzó a andar. El camino era blando, como si caminara sobre nubes.

Bajo sus pasos brillaba y centelleaba con pequeñas luces que emitían suaves sonidos.

A los lados del sendero se desplazaban lentamente seres diversos.

Algunos volaban con alas transparentes; otros se deslizaban por el aire; otros se elevaban del suelo permaneciendo sentados y creaban formas de luz con las manos.

Cada ser era hermoso, cada ser estaba sereno y todos irradiaban amor.

Mia sintió que cada uno la conocía. La miraban sonriendo, como si le dijeran:

- «Bienvenida de nuevo».

Sintió un calor profundo en el pecho... una emoción que sólo podía sentirse en el hogar.

Sí, sentíase en casa.

La Ciudad dentro del Sol

Mientras caminaba, uno de los seres se detuvo a un lado del sendero.

Tenía un cuerpo esbelto, un rostro dulce y una delicada luz azul a su alrededor.

Sus ojos eran profundos y bondadosos.

- «¿Por qué corres, pequeña?», le preguntó. «Aquí no hay necesidad de correr».

- «¿Y cómo os movéis vosotros?», preguntó Mia, sorprendida.

Él alzó la mano y la luz de su pecho comenzó a brillar como un pequeño Sol interior.

Desde lo alto descendió suavemente otro ser, con alas transparentes que parecían hechas de aire dorado.

Extendió la mano hacia ella.

- «Ven, yo te enseñaré».

Mia le dio la mano con cierta timidez.

Él posó la otra mano sobre su propio pecho y su «Sol» interior resplandeció con mayor fuerza.

Luego abrió lentamente las alas y juntos se elevaron.

Sin pies, sin impulso, sin esfuerzo. Como la brisa.

Como un pétalo que vuela hacia el cielo.

La Ciudad dentro del Sol

- «Ahora inténtalo tú», le dijo el ser.

Mia respiró profundamente, posó las manos sobre el corazón y... una dulce llama de luz se encendió dentro de ella.

Abrió las alas. Su cuerpo se elevó de inmediato.

- «¡Estoy volando sola!», gritó dichosa.

- «¡Sí, puedo! ¡Yo puedo!»

Reía, giraba sobre sí misma y se movía en el aire como una pequeña mariposa.

Y mientras volaba, comenzó a mudar su aspecto:

a veces tenía largos cabellos negros;

a veces, dorados y rubios;

a veces, rizos como pequeñas estrellas;

a veces, un rostro nuevo;

a veces, una forma diminuta como la de un ángel.

Nunca había sido tan feliz, nunca tan libre.

Se detuvo a descansar sobre la suave tierra de luz, y una pregunta nació de pronto en su mente:

- «Y yo... ¿dónde dormiré aquí?»

El ser sonrió y señaló ante sí.

No lejos de allí se alzaba una pequeña cúpula redonda, enteramente blanca y resplandeciente como nieve cristalina. La entrada estaba abierta.

Mia se acercó, asomó la cabeza... y quedó tan sorprendida que se le escapó un pequeño «¡oh!».

CAPÍTULO 7

La Casita Blanca



En su interior, una luz tenue se movía lentamente, como si la estancia respirase. No había puerta ni objeto alguno.

Estaba vacía... o al menos eso creyó al principio.

Entonces sus ojos se abrieron de par en par.

En el centro de la cúpula, envuelta en una luz muy delicada, dormía ella misma. Una versión de sí -tal vez más pequeña, tal vez más serena-, mas sin duda era ella.

La Casita Blanca

Sus cabellos se extendían sobre el suelo blanco y su rostro resplandecía como un pétalo bajo los rayos de la luna.

Mia se llevó una mano a la boca, asombrada.

- «Pero... ¡soy yo!», susurró.

El ser que la había conducido hasta allí se acercó por detrás y posó una mano sobre su hombro.

- «Sí», le dijo con una voz dulce como la brisa. «Ésta es tu casa. Ésta eres tú cuando reposas en la luz».

Mia entró con pasos leves, como si temiese perturbar el silencio. La luz dentro de la cúpula era más cálida que afuera, más tenue, más dulce... casi como un abrazo.

Se sentó junto a sí misma, al lado de aquella versión suya que dormía.

- «Parece... un ángel», dijo.

- «Así es», respondió el ser. «Cuando vienes aquí, tu alma reposa y se renueva. Por eso pareces tan feliz cada vez que regresas».

Mia rozó suavemente sus cabellos: eran sedosos como las nubes. Luego contempló el rostro dormido. Estaba sonriendo.

La Casita Blanca

Dormía con una sonrisa. Con una paz tan profunda que parecía que nada en el mundo pudiera turbarla.

- «Oh, soy feliz aquí», dijo Mia.

- «Eres mucho más que eso», le dijo el ser. «Aquí eres libre. Sin peso, sin temor, sin preocupaciones. Aquí eres tal como la luz misma te creó».

Mia tocó su corazón.

Allí estaba encendiéndose aquella pequeña estrella que antes le habían entregado. Permanecía serena, mas irradiaba suavemente.

- «La siento», susurró Mia. «Siento que ésta es mi verdadera esencia».

El ser sonrió.

- «Sí. Y cada vez que vienes aquí vuelves a hallar el fragmento que acaso pierdes en la Tierra».

Luego señaló la cúpula:

- «Este lugar siempre te aguardará. Cada vez que vengas te hallarás aquí, reposando, sonriendo y regresando a tu luz».

La niña se tendió junto a la versión dormida de sí misma.

Por un instante, la cúpula se llenó de dos niñas: ambas de luz, ambas familiares, ambas parte de una misma alma.

Entonces aconteció algo extraño: la niña dormida abrió los ojos.

La Casita Blanca

*No por completo... sólo un poco, lentamente.
Lo bastante para ofrecerle una mirada que irradiaba
paz, dulzura y calor. Y susurró:*

- «Bienvenida a casa».

*Mia se conmovió tanto que sus ojos se llenaron de
lágrimas cristalinas, cálidas como los rayos del Sol.*

El ser volvió a acercarse.

*- «Tu alma es siempre feliz aquí. En la Tierra a veces
hay tempestades... mas aquí no. Aquí eres solamente
luz».*

*Mia permaneció aún un tiempo dentro de la cúpula,
llenándose de la paz que irradiaba.*

*Y cuando se puso en pie, supo que algo dentro de ella
había cambiado para siempre.*



CAPÍTULO 8

La Diversión Solar



Mientras la niña salía de la casita blanca, en el interior del Sol, sintió una energía nueva.

Como dirían los niños: su corazón latía como si hubiese bebido un río de Sol.

- «¡Ahora, a jugar!», gritó, y voló hacia lo alto.

Sus alas de mariposa, antes pequeñas, comenzaron a crecer. La transformación sucedió lentamente: alas mayores, más fuertes y transparentes; después aún más amplias, como pétalos que llenaban el cielo, creando extrañas formas circulares y espirales de colores que vibraban en la luz.

La Diversión Solar

Mia rió tanto que el sonido de su risa se extendió por el espacio, creando una melodía singular. La luz del Sol se mezcló con aquel sonido y dio vida a una maravillosa sinfonía.

De pronto sintió un roce ligero sobre el hombro: era el Ser Solar.

- «Mira cuanto puedes hacer», dijo, desplegando sus grandes alas.

La niña siguió su ejemplo.

Se elevó aún más y se transformó en un ángel de luz, con vestido blanco y alas gigantescas.

Era tan hermosa y feliz que su alma se sintió colmada, como si volara sobre todo el universo.

Giró, trazó movimientos grandes y pequeños, descendió y volvió a elevarse, probando cuanto puede hacer un pequeño ángel.

- «¡Estoy volando sola!», gritó gozosa.

- «¡Puedo! ¡Puedo!»

Sus cabellos cambiaban de color cada vez que giraba. Una vez eran dorados; otra, anaranjados; después azules y luego verdes.

- «¡Es como una pintura que se mueve!», pensó. De pronto, uno de los seres que se movían a su alrededor se detuvo y le dijo:

La Diversión Solar

- «Mira. No necesitas usar las piernas. Vuela solamente con el corazón y con la luz».

Mia lo comprendió al instante.

Posó las manos sobre el pecho, su corazón se encendió y... voló todavía más alto, por encima de todo el camino del Sol.

El Ser Solar la observó y sonrió:

- «Sí, y para esto has venido: para aprender la verdadera felicidad, para comprender que tu luz puede llegar a todas partes».

Mia giraba y volaba, dejando tras de sí una estela de luz dorada. Un universo mágico entero estaba ahora en sus manos, y sintió que podría reír por siempre.



CAPÍTULO 9

El Ángel Custodio



Después de muchos giros y juegos en el Sol, Mia percibió algo especial. Una presencia distinta, igualmente dulce, cálida y serena, se acercó a ella.

Era él: su ángel custodio.

Apareció algo más pequeño que el Sol, mas inmenso para el corazón de Mia. Sus cabellos resplandecían como los rayos de la mañana, y sus ojos eran como dos estrellas que brillaban con luz ardiente, difundiendo calor y magia.

El Ángel Custodio

- «Salve, pequeña de la luz», dijo con voz dulce y bondadosa.

- «Veo que juegas y ríes sin cesar».

Mia sonrió y le mostró sus grandes alas.

- «¡Estoy volando, jugando y riendo!», dijo. «¿Y tú?»

El ángel sonrió y alzó la mano.

De ella nació un rayo de luz tenue que envolvió a Mia.

Era como si la abrazara sin tocarla, sólo con su energía.

- «Siempre estoy aquí para ti», dijo.

- «Aconteciere lo que aconteciere, cuando te sientas sola o cansada, yo te encontraré».

Mia sintió nuevamente aquel calor familiar en el corazón.

- «¿Cómo haces para encontrarme?», preguntó.

- «Por la luz que resplandece dentro de ti», dijo el ángel. «Cuando te iluminas, yo te sigo. Cuando ríes, río contigo. Cuando vuelas, vuelo a tu lado».

Mia se apoyó suavemente sobre sus grandes alas y alzó la mirada.

- «Y yo... ¿puedo tocarte?», preguntó, meciéndose un poco, tímidamente.

El Ángel Custodio

El ángel acercó la mano y la tocó dulcemente en el hombro. Una oleada de luz se extendió dentro de ella. Le transmitía calor y seguridad, y estaba colmada de amor.

- «Sí», le dijo.

- «Siempre puedes tocarme. Estoy aquí para ti: como amigo, como protector y como compañero de tu luz».

Mia sonrió como nunca lo hiciera, con un gozo profundo que la llenó por entero.

Era una sensación indescriptible: como volar muy alto, resplandecer, reír y sentirse amada plenamente por vez primera.

- «Volemos juntos», le dijo el ángel.

Y juntos se elevaron, volaron entre los rayos del Sol, giraron sobre sí mismos y crearon espirales de luz que se difundían por todo el espacio.

Era como una danza celeste, sólo para ellos.

- «Dondequiera que vayas, allí estaré. Y siempre te recordaré el tesoro que llevas dentro».

Mia sintió que cada palabra era verdadera.

El Ángel Custodio

Estaba feliz, segura y gozosa, consciente de aquella libertad y aquel amor que estaba viviendo: una emoción que jamás olvidaría.

Y mientras batía sus alas junto al ángel, comprendió algo importante:

la luz que llevaba dentro no era solamente para sí, sino también para entregarla a los demás.



CAPÍTULO 10

El Camino de Regreso



Después de los interminables juegos en el Sol y de los vuelos con el ángel custodio, Mia sintió que había llegado la hora de regresar a la Tierra.

- *«Estoy regresando», dijo con voz dulce, aunque el corazón le temblaba de emoción.*
- *«Siempre llevaré este lugar en mi corazón, ¿verdad?», preguntó.*

El Camino de Regreso

El ángel sonrió y alzó la mano.

Ante sus ojos apareció un sendero de luz, radiante y acogedor.

- «Sí», dijo.

- «Cada vez que lo añores, cierra los ojos y aparecerá el camino de regreso. Nunca te perderás. Y siempre volverás a encontrar aquella parte feliz que te falta».

Mia respiró profundamente.

El sendero de luz se extendía como un largo arcoíris desde el Sol hasta la Tierra. Con sus grandes alas abiertas, voló sobre la vía resplandeciente y dejó tras de sí una estela dorada.

- «Cada paso es seguro», dijo el ángel.

- «Cada giro es para ti. Y cada abrazo de luz te conservará dichosa».

Sintió que volaba más veloz que nunca, mas no tenía miedo. Su corazón irradiaba felicidad y amor. Su luz atravesaba el cielo y cada rincón del espacio circundante.

De pronto divisó la Tierra bajo sus pies.

Era familiar y extraña a un tiempo: montañas, ríos, ciudades, campos verdes... todo parecía más hermoso visto desde lo alto.

El Camino de Regreso

- «*Dondequiera que vaya, esta luz me acompañará siempre*», susurró Mia gozosa.

Cuando descendió sobre la Tierra, su cuerpo se posó dulcemente sobre la hierba.

Mas ahora ya no se sentía igual.

Cada paso que daba llevaba consigo un poco de aquella magia del Sol, y cada movimiento derramaba luz sobre cuanto la rodeaba.

Plegó sus pequeñas alas y sonrió.



El Camino de Regreso

El ángel custodio apareció durante unos breves instantes, apenas el tiempo necesario para darle un cálido abrazo.

- «Estás preparada», le dijo.

- «Ahora puedes resplandecer también sobre la Tierra. Y yo siempre estaré allí cuando regreses».

Mia se volvió, sintiéndose feliz, segura y colmada de luz.

Un fragmento del Sol y de las estrellas moraba ya dentro de ella, y era eterno.

Un fragmento de dicha interior que podría compartir con cada niño y con toda criatura que necesitase luz. Después de aquella experiencia, tal como el ángel le había dicho, cada noche, cuando cierra los ojos para dormir, Mia regresa al sendero de la luz del Sol, donde juega, vuela y aprende cosas nuevas.

Porque la magia nunca termina: sólo crece.

CAPÍTULO 11

El Viaje hacia la Tierra



Después del maravilloso tiempo transcurrido volando en el Sol y jugando con los niños alados, Mia sintió que había llegado el momento de volver a la Tierra.

Mas ya no era la misma niña que había partido.

- «Estamos regresando a la Tierra», le dijo el ángel custodio.

- «Pero llevarás siempre la luz dentro de ti. Y todo cuanto puedes iluminar aquí, también podrás iluminarlo allí».

Mia voló por el sendero dorado hacia la Tierra, dejando tras de sí una estela de luz que parecía enlazarla directamente con el Sol.

Cuando se acercó, todo parecía más vivo.

El Viaje hacia la Tierra

Los árboles, las flores y los ríos: todo semejaba un mundo encantado, colmado de colores y de luz.

Comprendió que cada paso que daba llevaba consigo un poco de la luz del Sol.

Cada niño que pasaba a su lado sentía calor, una sonrisa y paz.

- «También en la Tierra podemos hallar la magia», susurró.

- «Basta con servirnos de nuestro corazón y de nuestra luz».

Después de despertar, Mia mantuvo los ojos cerrados durante algunos minutos; con la mente se elevó hacia el cielo y recordó cuanto había aprendido: la felicidad, el amor y la luz que resplandecía dentro de ella.

Cuando abrió los ojos, el Sol de la mañana le sonrió, y comprendió que la verdadera magia no consiste solamente en volar, sino en iluminar y ayudar a los demás.

Desde aquel día prestó mayor atención a los niños que la rodeaban, y todos juntos rieron y jugaron, creando un mundo más hermoso y luminoso.

En su corazón guardó una promesa: emplear siempre su luz para iluminar cada día y hacer del mundo un lugar mejor.

El Viaje hacia la Tierra

*Y así concluye el viaje de Mia: un viaje colmado de luz,
amor y aventura.*

*Una historia que nos muestra que dentro de cada niño
hay un pequeño Sol, capaz de iluminar cuanto lo
rodea, haciendo del mundo un lugar más bello y mejor
para todos;
un lugar que debería asemejarse al corazón de los
niños.*



Fin